

Alberto Castro Leñero

Ciclo

Salvador Gallardo Cabrera

Lichtenberg escribió que las reseñas son “una especie de enfermedades infantiles que atacan más o menos intensamente a los libros recién nacidos”. Pero cuando se trata de un libro de arte, esas enfermedades parecen no dar nunca en el blanco, balbucean, se pierden por las ramas. Discursos a-paralelos a las imágenes, sesudas exégesis empotradas en alguna teoría de moda, analogías, pre-textos, interpretaciones psicoanalíticas u orientaciones que buscan situar las obras en un determinado contexto histórico, creaciones poéticas forjadas desde las imágenes, diálogos con las obras, referencias de autoridad canónica: los recursos torcidos de lo subsidiario, de las resonancias y los ecos, de los campos de imantación, de los detritus. Enfermedades contagiosas, como la viruela, que hinchán las obras a las que aluden. Enfermedades que no se adivinan, que buscan escapar de la representación, entramadas en los estratos discursivos, brotando siempre en las comisuras de una imagen o de un concepto. Enfermedades curatoriales que prescriben pautas institucionales, de consumo y actúan en los tejidos comerciales. Enfermedades derivadas que raspan, borran, rodean para tratar de crear un dislocamiento en el mundo instituido. Y cuando el libro en cuestión es un artefacto construido como un intercambiador, los recursos subsidiarios se traslapan, se pisan la cola desplazándose uno a otro, alejándose cada vez más del movimiento de la espiral.

¿Cómo se crea un libro-espiral como *Ciclo* (Conaculta/Pitahaya editores, 2012)? “La idea”, dice Alberto Castro Leñero en la conversación con David Huerta que sirve como umbral al libro, “es reunir una serie de imágenes de mis obras y darles una estructura; la selección presenta un corte diagonal respecto a la temporalidad, el ciclo nos remite a la forma circular, tiene principio y fin, una línea curva que llega a encontrarse con su punto de partida. Cuando el cierre del círculo se desplaza podemos hablar de una espiral. Tal vez ésta sea la forma más precisa para describir el proceso creativo. En el caso de este libro las obras, los capítulos, no siguen un orden cronológico, más bien tratan



Odradek, 2003

de crear un catálogo de variables que pueda marcar una suerte de musicalidad”.

El trabajo conceptual que impulsó a este libro conlleva una toma de posición respecto a su configuración como objeto. Hay toda una industria cultural que gira en torno al libro de arte diseñado para las *coffee tables*. Pseudolibros intercambiables, repletos de imágenes, ampulosos, estériles, hechos para deslumbrar y ser olvidados

al minuto. *Ciclo* es un objeto trabajado con pasión y esmero; las fotografías no nos presentan imágenes ensimismadas o en vías de canonización, sino acontecimientos creciendo, brotando. De ahí esas fotografías con movimiento que enlazan varias obras con los pasos de los observadores; las hojas desplegadas que dan aire a la estructura en espiral, y los textos que están situados como puntos de fuga de las imágenes.

El libro tiene nueve capítulos: Opuestos, Complex, Vuelta prohibida, Memento, Intercambiadores, Elementos, Redes, Tondos, Lleno-vacío. Variables móviles, intersecciones, series engarzadas sin centro, grupos con vínculos evanescentes, troceados, abiertos por todos los extremos; no fijan recorridos, no regulan lecturas, intercambiador que no existe fuera de lo que relaciona, irradiaciones de una obra a otra, resonancias de un grupo a otro. Trayectos que el propio artista hace entre sus obras: “Puedo hablar de una actitud distinta hacia la pintura: en la primera etapa existe un predominio representativo de la figura humana, posteriormente, en mi trabajo actual, el cuadro se convierte en un campo, desde luego regido por la forma, pero los sucesos que aparecen pueden tener diferentes connotaciones y diferentes procedencias; la forma se convierte en una abstracción que puede ir de ida y vuelta a la forma o la figura”.

En *Ciclo* podemos asomarnos a los espacios pictóricos, escultóricos y los proyectos públicos que ha creado Alberto Castro Leñero y, a la vez, adentrarnos en las distintas densidades técnicas y matéricas de esas obras: “En mis primeros cuadros trabajaba con un fondo de acrílico aplicando después pintura al óleo, aunque experimenté también en otros soportes y otros materiales como la serie de piezas trabajadas sobre catres. En esa época mi obra tenía un carácter representativo y la volumetría la lograba con los recursos pictóricos tradicionales. Ahora uso resinas y pigmentos, la superficie se va enriqueciendo en capas y las formas quedan atrapadas, inmersas, las transparencias se suman y la superficie da una sensación líquida... La figura, el volumen de los cuerpos lo lograba con luces y sombras, colores oscuros y blancos matizados, trabajaba con espátula y pinceles. Ahora el color tiene presencia como materia en sí y no tiene tanto una función representativa; la pintura la trabajo en forma horizontal, en el piso, la tela se encharca con la pintura líquida, las capas se sobreponen y crean un caldo de eventos”. El arte del siglo XX quería mostrar su proceso, cómo estaba construido. Algunos artistas llegaron a sostener que el proceso era más interesante que el resultado. En nuestros días, los procesos y los resultados se imbrican más y más.

Ciclo hace una espiral en más de cuatro décadas de trabajo creativo de Alberto Castro Leñero. Una trayectoria múltiple, de gran fuerza. Un trabajo apasionado para fortalecer la realidad.



Braquia, 2012



Figura invertida, 2012